VAMPIRO

por José León Cano

autor de «LA CABEZA DE MAMA», «EN LA CRIPTA DEL JARDIN», «EL RUBI DE LOS SIETE ANILLOS», «HOTEL AMSTERDAM, HABITACION 231», «LA HERENCIA DEL CONDENADO», «LA VENGANZA DE ZANASETH» y «LA PROTEGIDA DE ZIYAGH»

Tengo la espantosa evidencia de que la muerte es una fenómeno ambiguo. A veces la tumba no basta para apagar un frenético deseo de vivir. Existen individuos capaces de retener con fuerza sobrehumana el empuje de la muerte, aún después de haber exhalado su último aliento. La suya es una existencia vicaria, pero no larvada, que se nutre de la nuestra. El vampiro no es una mera ficción literaria, aunque las características que generalmente se la atribuyen no correspondan a la realidad. Con más frecuencia de lo que la gente se imagina aparecen extraños cadáveres en las exhumaciones. No tienen dientes afilados, ni pueden ser «destruidos» clavándoles una estaca en el corazón. Pero no hay en ellos el menor síntoma de corrupción, sino que aparecen frescos y flexibles, aunque su enterramiento hubiera sucedido en épocas remotas. Si se les hace una incisión en cualquier parte del cuerpo brotará la sangre: sangre fría, pero no coagulada. Semejante abominación sólo puede conjurarse entregando esos cuerpos al fuego.

Cuando esto ha sucedido, los aterrorizados testigos han podido comprobar cómo el cuerpo, aparentemente sin vida, se retorcía y chillaba como una bestia en los primeros momentos de la cremación. Lo digo con conocimiento de causa, porque yo mismo he sido uno de esos testigos. Por razones obvias, esta clase de hechos no suele darse a la publicidad. Las sociedades actuales sólo aceptan el horror de lo que no se puede comprender a través de invenciones escalofriantes, en las cuales los hechos reales se presentan deformados por la fantasía. El lector cree que cuanto se le dice es imaginario, y en esa creencia encuentra una confortable tabla de salvación. La historia que voy a relatar ahora, sin embargo, es absolutamente real. A fin de no herir susceptibilidades, cambio los nombres de quienes se vieron involucrados en ella, y no especifico el lugar donde sucedió.

*** * ***

Mi interés por ciertas ramas de la parapsicología me ha permitido establecer contacto con manifestaciones insólitas de la naturaleza y salvar a veces a sus víctimas; la mayoría de las cuales no lo eran sino de su propia histeria. Y eso es lo que me imaginé cuando vi por primera vez a Simone Duval, una adolescente de quince años cuya constitución evidenciaba un temperamento marcadamente nervioso. La profundidad de sus ojeras y lo demacrado de su rostro sólo en parte empañaban la belleza de sus rasgos, los cuales evocaban esa sutil elegancia de algunas modelos renacentistas. Rubia y de ojos azules, se parecía notablemente a esa fascinante imagen de Boticelli que aparece en el «Nacimiento de Venus». Pero una enfermedad, cuya causa no habían podido averiguar los médicos, la tenía postrada en la cama. Tenía los ojos enfebrecidos y sólo dejaba de temblar cuando le suministraban una considerable dosis de calmantes. Ciertas supersticiones de

origen semítico siguen muy arraigadas en el sur de Francia, y en aquella pequeña aldea todo el mundo estaba convencido de que Simone tenía el «mal de ojo». Sus padres me habían convocado para atajarlo por medio de mis técnicas parapsicológicas.

Sospeché que la causa de su mal era otra cuando Ambrose Duval, el padre de la niña, me informó que Simone se estaba muriendo a ojos vista, pese a que se alimentaba con normalidad, e incluso con exceso. Su único interés por el mundo circundante parecía centrarse en la comida. Ambrose se cuidaba personalmente de adquirir los platos que, desde su postración, más apetecían a la supuesta enferma. Me llamó la atención la grosera naturaleza de los mismos, ya que Simone devoraba con fruición sorprendente carnes y pescados que cualquier ama de casa hubiera rechazado por poco frescos. Otro hecho notable era su desmedida atracción por los picantes. Aullaba y se enfurecía cuando su voracidad no era satisfecha con aquellos alimentos, y rechazaba cualesquiera otros. Pese a lo cual , su cuerpo se había reducido casi a piel y huesos, y sus manifestaciones vitales eran apenas algo más que vegetativas. Permanecía noche y día en semisueño, salvo cuando le presentaban la comida. En ocasiones lloraba silenciosamente y no mostraba a sus padres sentimiento alguno. Su único amigo, a quien de vez en cuando acariciaba con sus manos cadavéricas, era un enorme gato gris que se pasaba la mayor parte del día dormitando sobre la cama.

Un chispazo de odio brotó de los ojos de Simone en cuanto me vio. Era una mirada demasiado adulta y maligna para provenir de una adolescente. Pero no opuso resistencia cuando procedí a examinarla. Parecía un animal asustado que se moviera a impulsos, tras haber perdido los últimos asomos de humanidad. Levanté su brazo derecho y descubrí, un poco más abajo de la axila, la existencia de un extraño mechón de cerdas duras y negras. Apenas pude tocar aquella anormalidad, pues la ocultó de inmediato con su brazo y se puso a chillar como una endemoniada. El gato por su parte, había saltado hacia la mesilla de noche y desde allí sacó las uñas y, con el pelo erizado, adoptó la actitud de lanzarse directamente sobre mis ojos. Empezó a bufar y me mostró sus colmillos puntiagudos en un inequívoco gesto de amenaza.

Me dispuse a pasar la noche en vela en la habitación contigua. Por sobre todo, me intrigaba aquel insólito mechón de cabello negro. Demasiado negro y demasiado duro, contrastaba con el resto del cabello de la jovencita, sedoso y rubio. A través de la puerta entreabierta podía escuchar su respiración apacible y el suave ronroneo del gato. Ambos, al parecer, estaban durmiendo. La esfera fosforescente de mi reloj marcaba las doce y media. La noche desplegaba su profundo silencio por todos los rincones de la casa. En mi afán por permanecer despierto había tomado bastante más café de lo acostumbrado. Y, como suele suceder, al haber forzado con el excitante los resortes de la vigilia, se estaba produciendo en mi organismo el efecto contrario. No pude evitar, muy a mi pesar, el quedarme medio dormido en un sillón.

Me despertó una especie de arañazo prolongado, procedente del pavimento de la habitación contigua. Sin duda era el gato. Luego, algo hizo crujir los muelles de la cama de Simone. Percibí un olor sutil, aunque nauseabundo en extremo, y poco después la voz de la niña emitiendo suaves quejidos que podían ser interpretados como de dolor y, al mismo tiempo, de placer. Previamente había tomado la precaución de descalzarme para no hacer ruido y ahora, con el mismo propósito, estaba conteniendo al máximo la respiración. Acerqué cuanto pude mi oído a la delgada pared. Crujía la cama de vez en cuando. EL hedor aumentó su intensidad

hasta hacerse intolerable. El gato, advirtiendo quizá que yo estaba despierto, maullaba y gruñía cada vez con mayor fuerza. Pero lo más inquietante fue escuchar una especie de sordo gorgoteo, de bestiales resonancias, que me puso los pelos de punta. Soy un hombre corpulento, y no era la circunstancia de estar desarmado la que me producía pavor. De haberlo estado, hubiera sentido el mismo miedo, pues sospechaba que no era un ser fácilmente vulnerable, y sí peligroso en extremo, el que se encontraba en la habitación de al lado.

Logré que la puerta entreabierta de mi cuarto no crujiera en absoluto cuando la abrí del todo. Mis manos temblaban y mi cuerpo se parecía un trozo de hielo. Sin embargo, avancé sigilosamente por el estrecho y oscuro pasillo hasta colocarme frente a la puerta de Simone. Esta gemía ahora de forma sorda y prolongada, con una especie de estertor en el que se mezclaba el orgasmo y la angustia. Los gruñidos del gato sonaban ahora más amenazadores que nunca, y la cama crujía acompasadamente. No se de dónde obtuve el valor necesario para empujar la puerta. Tal vez de la misma repugnancia que me inspiraban el hedor y aquel gorgoteo insufrible.

Por la ventana del cuarto de Simone entraba una débil claridad lunar. Eso me permitió ver la semifosforescencia rojiza de los ojos del gato, antes de que saltara y clavara sus uñas en mi rostro. Lo aparté de un manotazo, pero entonces la masa sombría y arrugada, la deformidad traslúcida que creí ver sobre la cama había desaparecido. Pasó por mis manos algo similar a una corriente de aire frío, y me estremecía hasta los huesos. Sentí sobre mis sienes el paso de una odiosa mancha plateada, e inmediatamente atravesó mis oídos el grito de Simone, proferido entre jadeos entrecortados. Encendí la luz.

Simone yacía desnuda sobre la cama, con el cabello desordenado y las sábanas revueltas. Esquelética, todos los huesos de su cuerpo parecían a punto de traspasar la piel. Respiraba con extrema agitación, temblando de pies a cabeza, y sus ojos despedían hacia mi persona un fuego maligno. Un tenue rubor había encendido en sus mejillas, de ordinario macilentas. Observé que bajo la axila, en el centro del repulsivo mechón negro, se abría una especie de pústula rojiza, de la que manaba una gota de sangre. Ya no se cuidó de ocultar ese signo execrable, sino que continuó gritando y gritando, completamente fuera de sí. Sus padres acudieron sobresaltados. El gato, mientras tanto, había desaparecido.

¡El gato! Mi cerebro se encendió con el chispazo de una intuición. Dejé a Simone al cuidado de sus padres, quienes en vano trataban de calmarla haciéndola ingerir tranquilizantes. Busqué al gato por toda la casa sin encontrarlo. Advertí que en la puerta principal había una gatera y salí al jardín, justo a tiempo de ver cómo el animal traspasaba las tapias. La luna, en cuarto creciente, me facilitaba su persecución. Tan agitado estaba que no me di cuenta, al salir a la calle, de que continuaba descalzo. Al llegar a un descampado, siguiendo los pasos del animal, los guijarros se me clavaban en las plantas de los pies. Era doloroso, pero de haber llevado zapatos el gato, al advertir que le estaba persiguiendo, tal vez hubiera tomado otro camino. Porque estaba seguro de que se encaminaba a un sitio muy especial. Íbamos en dirección a las tapias del antiguo cementerio.

A la luz de la luna, aquel paisaje lleno de montículos, que en otro tiempo había sido un osario, ofrecía un aspecto inquietante. Algunos huesos carcomidos sobresalían aquí y allá de esos montículos; los cuales, en ocasiones, me hacían perder de vista al gato, familiarizado sin duda con las anfractuosidades del terreno. Al fondo se perfilaban borrosamente las tapias. Vi que el gato se introducía, al pie de un montículo, por un agujero quizá angosto para una persona,

pero lo bastante holgado para que el animal lo hiciera con facilidad. Mi propia audacia me asustó, y de pronto me vi solo en medio de aquel escenario terrible. Había localizado perfectamente el agujero. Quizá fuera bueno hacer un plano y regresar a la mañana siguiente, con la luz del día. Pero algo me decía que tal vez fuera esperar demasiado, que tal vez a la mañana siguiente el agujero habría desaparecido, o yo no fuera capaz de encontrarlo. Seguía tan desarmado acechaba en la habitación contigua a la de Simone, apenas veinte minutos antes, puesto que el reloj marcaba la una menos diez de la madrugada. El silencio planeaba sobre el cielo como una inmensa lápida negra.

Me acerqué al agujero, y comprobé que estaba medio oculto por unas piedras. Al retirarlas, con algún trabajo, éste se hizo lo bastante ancho como para permitirme el paso. Sin duda, la gente del pueblo no transitaba demasiado por aquellos parajes. Luego reuní algunas ramas secas y fabriqué con ellas una antorcha, decidido como estaba, pese a mis sacudidas de terror, a traspasar el agujero. Me arrastré con la antorcha encendida por delante, pero como mi cuerpo taponaba la entrada, impidiendo el paso del aire, ésta se apagó. Tuve que resignarme a gatear a oscuras un buen trecho, ayudándome a ver el camino, de vez en cuando, con la luminosidad instantánea, y súbitamente apagada, de los fósforos. Vi así que una espesa sombra se abría al final del túnel, en lo que era una especie de cámara o cueva de techo algo mayor. La sangre se me heló cuando comencé a oler el mismo hedor repulsivo que había inundado el cuarto de Simone. Pero ya era demasiado tarde para arrepentirme, ya que la angostura del pasadizo difícilmente me permitiría avanzar hacia atrás. No me quedaba más remedio que llegar hasta el recinto que se abría unos metros más adelante para, una vez allí, poder dar la vuelta en busca de la salida. Hay momentos en la vida en que agradezco al destino que me haya proporcionado tan poca imaginación. Pues de haber tenido alguna, por mínima que fuera, en aquellos momentos me hubiera muerto de miedo.

Casi estuve a punto de hacerlo cuando, al final del túnel, pude incorporarme. Escuché de nuevo los tenebrosos maullidos del gato. Encendí una cerilla y nuevamente vi el resplandor de sus ojos grises. Al contrario que en el túnel, en aquella pútrida había bastante oxígeno para que el fuego se mantuviera. Volví a encender mi improvisada antorcha. El aire estaba tan cargado de ominosos vapores, que sólo permitía una llama cuyo resplandor fluctuaba entre los colores verde y rojizo. Pese a lo cual, el espanto comenzó a fluir por mis venas como un río de plomo candente. Y no era provocado por los escalofriantes bufidos del animal que, agazapado en un rincón, esperaba el el momento propicio para huir.

El horror me lo inspiraba un cadáver que yacía a mis pies; y provenía no del hecho de serlo, sino de sus espantosas características. Porque, a juzgar por los podridos sudarios que en parte le envolvían, debió ser depositado allí hacía muchísimo tiempo. Lo espantoso era que, pese a esos signos de antigüedad, el cuerpo se mantenía como si lo hubieran acabado de enterrar. Hubiera jurado que se trataba de un hombre dormido a no ser por su mandíbula desencajada y sus ojos fijos y abiertos, negros y tan brillantes que parecían dos oscuras bolas de cristal. Me fascinó su cabello negro, igualmente brillante, de cerdas gruesas y duras. Mi conocimiento de los vampiros era puramente teórico, recibido a través de lecturas, y no estaba muy seguro de que ese fuera el mejor procedimiento para evitar imprevistos espantosos. Me atreví, sin embargo, a tocar ese cuerpo. Cuando lo hice, el gato volvió a saltar sobre mí, y de nuevo clavó sus uñas en mi rostro. Descargué en parte la tensión que aquella horrible situación me proporcionaba sacudiéndole un manotazo; con tal furia que el animal fue a dar contra una de las

paredes y cayó al suelo sin sentido. Cayó igualmente al suelo mi antorcha, apagándose en parte. Si lo hubiera hecho del todo, creo que mis nervios no hubieran soportado aquella oscuridad. Reavivé su fuego y, con ella en la mano, volví a acercarme al cuerpo.

Estaba frío, pero no rígido. Todavía no puedo explicarme cómo fui capaz de levantar su brazo, de comprobar que éste se movía con facilidad, como si aquel cuerpo hubiera recibido la muerte momentos antes. Saqué un cortaplumas del bolsillo. Al hacerlo, volví a sentir sobre las sienes aquel espantoso resplandor plateado, y una fuerza inexplicable me impedía imprimir movimiento alguno al arma. Pero el cuerpo seguía inerte. Me acordé entonces de Simone, de su espantosa delgadez, de los incalificables terrores e insanias que había sufrido, y hundí el cuchillo, con toda mi furia, en el vientre del vampiro. Brotó sangre fresca con increíble abundancia. Y ya no necesité ninguna otra señal. Me quite la chaqueta y los pantalones, y prendí fuego a mis propias ropas, arrojándolas encendidas sobre el cadáver. Ardió con increíble celeridad, como si se tratara de un odre lleno de gasolina. Pero no tanta como para impedirme ver el último resplandor de sus ojos, dirigidos hacia mí con odio infinito, las contracciones de su cuerpo, escuchar el abominable y profundo grito surgido de sus entrañas. El cuerpo se retorcía como una araña, echaba fuego por la boca y despedía un humo tan negro y nauseabundo que inevitablemente acompaña desde entonces mis pesadillas.

Estaba tan fascinado por aquel horrendo espectáculo que no advertí, en un primer momento, los aterradores maullidos del gato ni la causa que los provocaba. Volví la cabeza y vi como, a unos tres metros de distancia del cadáver, su cuerpo se consumía envuelto en llamas de idéntica voracidad. ¡Gran Dios! Estaba ardiendo sin que le hubiera rozado el fuego de mi antorcha ni el que destruía aquel cadáver execrable. Tuve entonces un sentimiento terrible y escapé como pude, medio ahogado por el humo, del ominoso agujero. Hubiera bendecido el aire puro de la noche como si acabara de nacer de nuevo, a no ser porque una espantosa premonición guiara velozmente mis pasos hacia la casa de Simone. Con aquella loca carrera sangraban mis pies desnudos, pero estaba completamente ajeno al dolor. Sólo quería llegar allí cuanto antes, cuanto antes, antes de que mi negra sospecha se convirtiera en realidad.

Al llegar a la puerta del jardín me paré en seco. Vi salir un humo denso y mefítico del cuarto de Simone, y rogué por el alma de aquella desdichada criatura. Aún llegué a escuchar sus últimos alaridos; durante unos segundos, a través de la ventana, alcancé a ver su cuerpo envuelto en llamas. Y me miró... Antes de caer desplomada, me miró. Sólo espero que la muerte, cuando llegue, tenga fuerza bastante para borrar de mi alma este horrendo recuerdo.